

Revista de libros

María Pilar FERNÁNDEZ ÁLVAREZ - Emiliano FERNÁNDEZ VALLINA - Teresa MARTÍNEZ MANZANO (eds.), *EST HIC VARIA LECTIO. La lectura en el mundo antiguo*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2008, 202 pp.

El presente volumen, dedicado al Prof. Antonio López Eire, fallecido cuando la obra estaba a punto de publicarse, es el cuarto título de la serie *Classica Salmantica*, auspiciado por el Departamento de Filología Clásica e Indoeuropeo de la Universidad de Salamanca. En él se agrupan trabajos que se ocupan de distintos aspectos de la lectura, en un recorrido cronológico que va desde los albores de la época clásica en Grecia hasta la Edad Media occidental y el Milenio Bizantino. Con estos testimonios de los autores antiguos se pretende un acercamiento a las modalidades de hábito y lectura en la Antigüedad grecolatina: qué se leía, cómo, para qué, etc. Y todo ello en medio de la inmensa dificultad que supone un estudio de esta naturaleza, por cuanto las huellas de la lectura han de rastrearse, como atinadamente señalan los editores, «en la literatura, en las inscripciones, en los documentos o en la iconografía» (p.11). La recompensa no es pequeña ya que implica el acercamiento a aspectos muy interesantes de la sociedad del momento: el paso de la oralidad a la escritura, el grado de alfabetización, el uso de los libros, etc.

Tan apasionante recorrido, a través de diez «estaciones», se articula como sigue. El viaje lo inicia M. Brioso Sánchez, que en «¿Sócrates lector?» (pp.13-40), nos acerca, a través de la figura del filósofo, a las últimas décadas del siglo V a.C., fecha en la que se da una nueva concepción del vehículo de la transmisión cultural, con el paso de una sociedad fundamentalmente oral a otra que comienza a confiar en la escritura. Concluye el Prof. Brioso su trabajo con una interesante afirmación sobre la época: «se podía ser lo que hoy llamaríamos una persona culta sin ser en absoluto un lector habitual» (p.40). También al siglo V a.C. nos lleva M. Quijada Sagredo, en «Oralidad y cultura escrita en Grecia antigua: el testimonio de la comedia *archaia*» (pp.41-62), y más en concreto a la comedia griega antigua, centrándose en los datos que ésta aporta sobre la penetración de la cultura escrita en la Atenas del último tercio de siglo. Sin salir de la misma época, pero avanzando ya al siglo IV a.C., M.A. Santamaría Álvarez, en «Dos tipos de profesionales del libro

en la Atenas clásica: sofistas y órficos» (pp.63-81), nos adentra en el mundo de los libros en la Atenas de la época clásica y muestra cómo, gracias a la extensión de la escuela, la alfabetización se hace cada vez más común, de suerte que aumenta el número de personas capaces de leer e, incluso, escribir. En el estudio se nos acerca a la relación de los sofistas con los libros y al uso de libros por parte de los órficos, para finalizar con un apartado de conclusiones rematado con una coda sobre Platón. Una visión distinta nos ofrece F.G. Hernández Muñoz, en su trabajo «Lectura del discurso y crítica textual: el problema de la *scriptio plena* / *elisa* en las *Filípicas* de Demóstenes» (pp.83-87), que estudia las *Cuatro Filípicas* demosténicas para ver si se puede ampliar el número de restituciones de la *scriptio plena*, abordando así un problema de crítica textual relacionado con la *pronuntiatio* real. Las fronteras se amplían con la aportación de M^aP. de Hoz, «Escritura y lectura en la Anatolia interior: una forma de expresar etnicidad helénica» (pp.89-107), que, a partir de hechos como la existencia de epigramas en Frigia y otras partes de Asia Menor interior y rural que reflejan un conocimiento de la literatura griega, junto a la existencia de centones, intenta dar respuesta a preguntas como las siguientes: ¿Reflejan los testimonios una práctica frecuente de lectura y escritura?, ¿qué relación tiene el hábito epigráfico de la zona con el helenismo? Así, nos acerca a los testimonios que mejor ofrecen una idea del grado de educación que tiene un pueblo y de su afición a las prácticas de lectura y escritura: los epitafios en verso.

El viaje nos adentra en el mundo romano con el trabajo de S. González Marín, «La representación de la composición y la lectura en *Bacchides*» (pp.109-129), que se centra en las alusiones al aprendizaje y al uso de las letras en la obra de Plauto. Como apunta al inicio, las referencias a la escritura y a todo lo relacionado con ella suponen una «valiosa fuente de información sobre la escuela, la composición al dictado, las distintas modalidades de lectura» (p.109). Tras el planteamiento inicial, la autora se detiene en el texto de *Bacchides* y en la figura de Crisalo, un trasunto del autor. Adentrándonos en los estudios de género, R. Cortés Tovar nos ofrece una aproximación a la educación y las lecturas de las mujeres romanas con su trabajo «Género y lectura en las *Consolationes* de Séneca» (pp.131-142), que se fija en la exhortación a los *studia* que Séneca les hace a las personas consoladas, tópico del género consolatorio, para centrarse en las «consolaciones *ad Marciam* y *ad Helviam* como lecturas de mujeres, puesto que se dirigen a ellas y están pensadas teniéndolas en cuenta» (p.132). Hasta la Edad Media nos lleva E. Fernández Vallina, con «Lectura del texto como compañera de la lectura de imágenes en época latina medieval: momentos didácticos de una analogía» (pp.143-166), en este caso para tratar el complejo tema de la interacción entre texto escrito e imagen. Concluye el autor, tras aportar numerosos testimonios, imágenes incluidas, que la relación entre «lectura de texto y lectura de imágenes jugó un papel importantísimo en los contextos didácticos medievales» (p.157).

Al proceso mediante el cual las antiguas tradiciones orales en la Islandia de los siglos XII-XIII se convierten en textos por medio de la escritura rúnica nos aproximan M^aP. Fernández Álvarez y T. Manrique Antón, con «El ocaso del recitador de leyes: reflexiones en torno a la oralidad en la cultura islandesa antigua» (pp.167-

179), a través de un recorrido por las primeras manifestaciones literarias de los islandeses. Concluyen los autores que «la progresiva preeminencia de lo escrito llevó a los literatos islandeses a plantearse una nueva actitud respecto a su identidad y al concepto de verdad» (p.179). Por último, T. Martínez Manzano, «Leer en Bizancio: a propósito de un libro reciente» (pp.181-198), nos presenta de forma sumaria, a modo de invitación a su lectura, las principales directrices y perspectivas del libro de G. Cavallo, *Leggere a Bisanzio* (Milán 2007), agrupadas en apartados dedicados a la alfabetización, los distintos tipos de lectores, las modalidades y hábitos de lectura, la lectura en los monasterios, los libros, y la herencia clásica.

Con un «Índice de nombres» (pp.199-202) se cierra este volumen, muy provechoso e interesante, en el que se tratan cuestiones que conciernen a la valoración de fuentes literarias, pero que también involucran a otras disciplinas como la epigrafía, la paleografía, la crítica textual o la iconografía.

ANTONIO LÓPEZ FONSECA
Universidad Complutense de Madrid

Irene VALLEJO MOREU, *Terminología libraria y crítico-literaria en Marcial*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2008, 350 pp.

El libro que aquí nos ocupa nace como continuación y complemento de la recién leída tesis doctoral de la autora, quien ha merecido el Premio al mejor Trabajo de Investigación del año 2005, otorgado por la Sociedad Española de Estudios Clásicos.

El volumen, elaborado entre las universidades de Zaragoza y Florencia, continúa la línea de investigación de la que es especialista la autora –recuérdese: «El tránsito del volumen al códice: anacronismos e imprecisiones en la terminología libraria», *Appunti romani di filologia* 9 (2007) 89-94–, que no es otro que el canon literario en la Antigüedad, un campo abierto que puede aportar novedades acerca del comercio librario en Grecia y Roma, de la transmisión de las obras de los autores más destacados, y, por qué no, de la vida privada en el Mundo Antiguo. En este caso concreto es la obra de Marcial la que ha sido objeto de estudio para ejemplificar la situación de la crítica, la venta y evolución del soporte literario en la segunda mitad del siglo I d.C. Y es que si ya Catulo o Cicerón reflexionan sobre cuestiones metaliterarias, no deja de desmerecer la participación activa del bilbilitano en lo que concierne a la difusión de las obras desde el rollo de papiro al *codex* de pergamino, un hecho que bien se constata en los versos del epigramático hispano, como señala Vallejo Moreu.

Por ello, el trabajo viene a aportar, entre otras muchas cosas, un hecho novedoso e interesante, pues a partir del análisis minucioso del *Liber de Spectaculis*, *Xenia* y *Apophoreta* se puede afirmar la existencia del códice, sinónimo de libro, como soporte público y privado dos siglos antes de lo que hasta ahora se creía. Pero veamos con algo más de detenimiento la estructura de este trabajo.

En primer lugar, la autora se ha preocupado de revisar la vida y el entorno histórico-social de Marcial y su obra, punto de arranque para considerar al siglo I d.C. una centuria de cambios y de cierto *barroquismo* que se deja ver en el terreno literario. Ejemplos destacados de Plinio o del propio Marcial nos hablan de un crecimiento de la cultura que viene a desembocar en un auge de los diletantes artísticos, de los literatos de segunda o de los lectores que citan por ostentación, más que por saber. Esta *vulgarización* de la cultura, que se demuestra en un ligero crecimiento de la alfabetización, es la pista inicial para considerar una nueva manera de transmisión cultural.

Acto seguido, dentro de esta primera parte, Vallejo Moreu se ocupa de la revisión de algunas cuestiones como la circulación del libro, el público lector, la crítica, y, lo que es más destacable, del paso del rollo de papiro al *codex* de pergamino. Este hecho se pone de manifiesto en un sinfín de epigramas de *Xenia* y *Apophoreta*, dedicados a regalos con motivo de las Saturnales (cf. por ejemplo 14.184 *Homerus in pugillaribus membranis*), en los que se constata la comodidad y la factibilidad del nuevo soporte, nacido como la evolución en pergamino de las tablillas de cera, y que para sorpresa de muchos está a mediados del siglo I d.C. perfectamente incorporado en la compra-venta de las *tabernae* librarías.

En la segunda parte del trabajo, elaborada a modo de diccionario, se presenta un estudio léxico que engloba toda la terminología metaliteraria existente en Marcial. Ésta se divide en *terminología libraria* y *terminología crítico-literaria*, dos miradas fundamentales que, si bien se estudian a lo largo de toda la historia de Roma, tienen en Marcial al principal representante. Y es que gracias al poeta hispano términos como *membrana*, *codex*, *volumina*, *pumex* o *liber*, entre otros muchos de los que se ocupa la autora, nos son hoy mucho más conocidos. En lo que atañe a la *terminología libraria* se ha de destacar la precisión a la hora de presentar los repertorios terminológicos, los cuales se disponen ordenadamente, desde la designación del libro y el material escriptorio hasta el rico campo léxico del rollo y su manejo. Por otra parte, en lo que se refiere a la *terminología crítico-literaria* se reseña el minucioso análisis de los gustos, modas y diferentes *poéticas* que se dan cita en estos años finales del siglo I d.C., siempre con el autor hispano como referente principal. Conceptos como el de la brevedad y la espontaneidad de la composición, la fama literaria, la dureza o el plagio se explican aquí a partir de los términos *labor*, *breuitas*, *lima* o *durior*, por ejemplo— que Marcial utiliza en sus punzantes composiciones como si de un manifiesto programático se tratara.

En lo que a cuestiones de forma y estilo se refiere, es de agradecer un trabajo como el presente, de una lectura atractiva, rápida y amena, que hace de este libro una perfecta unión entre lo científico y lo placentero.

Como conclusión, y en palabras de la autora, «se retrata la época vivida por Marcial como un periodo de variedad y efervescencia literaria, de proliferación e incorporación de un nuevo público lector ... un camino crucial para la elaboración del canon literario romano» (p.327).

Israel VILLALBA DE LA GÜIDA
Universidad Complutense de Madrid

Fremiot HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, *Navegación de San Brendan*, Madrid, Akal, 2006, 96 pp.

Sobre la vida y actividad del monje irlandés San Brendán (también conocido como San Brandán, Brandano, Brondón, etc.), cuya onomástica celebra la Iglesia católica el 16 de mayo, nos han llegado, en más de un centenar de manuscritos de entre los siglos X y XV, varios tipos de obras: una *Navigatio sancti Brendani*, una *Vita sancti Brendani*, un *Voyage de Saint Brandan* y una *Visio beati Brandani abbatis* (para ésta última cf. M^aJ. Vázquez de Parga, *San Brandán, Navegación y Visión*, Madrid 2006, pp.277ss., quien también ofrece una edición y traducción de la *Vita* en pp.83ss). La *Navigatio* y la *Vita* fueron compuestas entre los siglos IX y X en latín, mientras que el *Voyage* es una adaptación en anglonormando, un tanto libre, hecha en la corte de Inglaterra por el clérigo Benedeit a principios del siglo XII, cuya traducción en prosa al castellano hizo M.J. Lemarchand, con el título *El viaje de San Brandán* (Madrid, Siruela 1986), mientras que hoy contamos también con otra versión en verso, hecha por María de Francia con el título *Viaje de San Borondón* (Madrid, Gredos 2002). De todas ellas, la más importante y la que constituyó un auténtico *best seller* en toda la Edad Media fue la *Navigatio*, de la que se hizo una primera traducción castellana en 1995 a cargo de J.A. González, en su Tesis doctoral (inédita) de la Universidad de La Laguna, *Introducción, edición crítica y traducción de la «Navigatio sancti Brendani»*, dirigida precisamente por el autor de la obra que comentamos. Un año más tarde se publicó otra traducción por obra de J.M. Álvarez Flórez (Madrid, 1996) y recientemente disponemos de otra versión en la citada obra de M.J. Vázquez de Parga (pp.195ss.). A nuestro entender, la traducción del Prof. Hernández González es la más fiel al original latino y científicamente la mejor elaborada, ilustrada con numerosas notas a pie de página que clarifican muchas cuestiones del texto original.

El libro que comentamos corresponde a la vigésima publicación de la prestigiosa editorial Akal en su colección «Clásicos Latinos Medievales y Renacentistas», dirigida magistralmente por el Catedrático de Filología Latina de la Universidad de Valladolid D. Enrique Montero Cartelle. La traducción propiamente dicha del texto de la *Navigatio* viene precedida por una amplia «Introducción general» (pp.5-31), en la que se abordan las principales cuestiones que tienen que ver con la historia del texto traducido. En el apartado primero de esta «Introducción» se debate la veracidad de la leyenda de San Brendán, que, en palabras de uno de sus mejores estudiosos, J.F. Kenney, es «la principal contribución individual de Irlanda a la literatura general de la Europa medieval». En el apartado segundo se aborda la enorme variedad onomástica que envuelve a este monje irlandés (Brénainn, Brendanus, Brandanus, Bradón, Balandrán, Blandón, etc.) que en el ámbito de las Islas Canarias se conoce como San Borondón, nomenclatura que surge posiblemente a fines del siglo XVI, en el marco de la historiografía canaria, después de llamarse San Blandán, San Blandián, San Borondón y San Brendon, entre otras denominaciones. El punto tercero de la introducción ofrece los datos biográficos más verificables e históricos del Santo irlandés, desde su nacimiento en el condado de Kerry (hacia el 483-484) hasta su muerte y entierro en el condado de Galway (hacia el 577). El cuarto apartado se dedica a la posible autoría de la *Navigatio*, de la que de momento «es

imposible saber el nombre del autor» (p.10). A todo lo más que se puede llegar es a que el autor tuvo que ser irlandés, y otras hipótesis, como la de C. Selmer (que piensa en un escocés llamado Israel Escotígena), no dejan de tener serios inconvenientes. Para la fecha y lugar de composición (cuestiones que se abordan en los apartados quinto y sexto, respectivamente) se ha propuesto una banda cronológica que va desde el s. VII hasta mediados del XI, discutiéndose todavía hoy si se escribió en Irlanda o en la Europa continental, concretamente en el valle inferior del Rhin, o en la Bretaña armoricana. El séptimo apartado de la «Introducción» estudia muy bien las distintas fuentes que están en la base de nuestro texto: fuentes clásicas, bíblicas y celtas. Entre estas últimas hay que destacar la serie de los *imrama*, o sagas de mar, que describen viajes a determinadas islas realizados por individuos mortales que, una vez que regresan a su lugar de origen, refieren los maravillosos y extraordinarios hechos vividos o contemplados. De estos *imrama* el que más se acerca a la *Navigatio* es *El viaje de Mael Dúin*, que el Prof. Hernández González analiza muy bien en su relación con la *Navigatio* (pp.22-25). Muy interesante, a nuestro entender, resulta el análisis, en el apartado octavo, de la realidad del viaje que se narra en la *Navigatio*, especialmente en lo que se refiere a la identificación de las diversas islas que en ella se mencionan. Hoy resulta indudable que el santo irlandés pudo realizar varios viajes en el entorno de las islas cercanas de Irlanda y Gran Bretaña, especialmente las islas Orcadas y Faeroes. Otros viajes como a las islas próximas a Terranova o al entorno de las Islas Canarias son mucho más problemáticos de verificar. Precisamente la relación de San Brendán con las Islas Canarias y cómo aquí se transforma en San Borondón es una cuestión que el autor omite en su traducción y que aquí no tenemos espacio para abordar. Finalmente, en el último apartado de la «Introducción» que comentamos el Prof. Hernández González explica que basa su traducción en la edición latina de Carlos Selmer de 1989 (la *editio princeps* de este texto la hizo Achille Jubinal en 1836), de la que se aparta en algunos detalles en la manera de presentar los diálogos, así como en su decisión de introducir un título entre corchetes en cada uno de los veintinueve capítulos de que consta la obra.

De estos capítulos los más interesantes son aquellos que tienen lugar en islas determinadas, como «una isla sin habitantes» (VI), «la isla de las ovejas» (IX), «la isla-ballena» (X), «la isla de las aves» (XI), «la isla de la comunidad de Ailbeo» (XII), «la isla con una fuente somnífica» (XIII), «la isla de los hombres fuertes» (XVII), «la isla de las uvas» (XVIII), «el islote de Pablo el Eremita» (XXVI), hasta llegar a la isla de la Tierra Prometida (XXVIII). Entre los episodios que en estas islas tienen lugar están el de la famosa ballena, en cuyos lomos San Brendán y sus acompañantes encendieron un fuego para cocinar, el episodio de la lucha entre dos animales monstruosos (XVI), la destrucción del ave Grifa (XIX), la Columna de cristal (XXII), el paso por los límites del Infierno (XXIII), el encuentro con Judas en medio del Océano (XXV), la celebración de la Cuaresma en alta mar (XXVII), la estancia en la Tierra Prometida (XXVIII) y, por último, el regreso al Monasterio de partida y la muerte de San Brendán (XXIX). La traducción se acompaña de una «Cronología» (pp.39-40) muy esclarecedora de las principales fechas que tienen que ver con la vida del protagonista y los avatares de las ediciones de la *Navigatio*. La «Bibliografía» (pp.31-37) es la más completa que hasta la fecha pudiera manejarse sobre el texto que nos ocupa. No obstante, pudiera añadirse

aquí algún que otro título, como el ya citado de M^aJ. Vázquez de Parga o el de J. Sörgel de la Rosa (*San Borondón, la historia de la isla mítica*, Barcelona, 2005), a los que podría agregarse nuestra contribución al tema en «Los significados de San Borondón» (*Anuario del Instituto de Estudios Canarios*, 47 [2004] 197-210).

En definitiva, hay que decir, para concluir, que estamos ante la versión definitiva castellana de un texto latino que en su momento fue un hito en la cultura de la Europa Medieval. De ahora en adelante, todo aquel que quiera interesarse de veras por la vida y leyenda del monje irlandés San Brendán (Borondón en Canarias) debe acudir, sin lugar a dudas, a la obra que acabamos de reseñar.

Marcos MARTÍNEZ
Universidad Complutense de Madrid

Enrique MONTERO CARTELLE, *Antonio Becadelli, el Panormita: El Hermafrodito*, Madrid, Akal, 2008, 127 pp.

Cuando Antonio Beccadelli, el Panormita, escribió *El Hermafrodito* quizá imaginaba que se haría famoso. Pero lo que seguro que no pudo imaginar era la forma en que lo haría: rechazado por la mayoría de eruditos y príncipes. Escribir un libro de epigramas tan explícitamente eróticos en el siglo XV le costó al Panormita más de una disputa con humanistas y, por supuesto, más de una prohibición y quema de ejemplares por parte de las autoridades, tanto eclesiásticas como, en algunos casos, civiles. Tras la publicación de *El Hermafrodito* —a la edad de 30 años, su primer libro—, sólo encontraría trabajo duradero bajo la protección del rey aragonés Alfonso V el Magnánimo, diez años más tarde. Ni siquiera Cosme de Médici, al que dedicó el volumen de epigramas, se dignó proteger al humanista. El resto de su carrera quedó marcada por ser el escritor de *El Hermafrodito*, y todavía hasta nuestros días es así conocido.

Cuando Beccadelli publica su libro, hace apenas 60 años que se ha descubierto un manuscrito de Marcial en Monte Cassino, aunque el escritor latino tendrá que esperar un siglo hasta ver su obra editada como se merecía. Sin embargo, ya antes de esas ediciones los humanistas conocían la obra del escritor de Bilibis. Tal es el caso de Beccadelli, que usa estos epigramas como principal modelo, una relación ampliamente desarrollada por Enrique Montero Cartelle en la magnífica introducción y en el aparato de fuentes.

Se publica ahora por primera vez, desde su primera edición en 1425-1426, una traducción al español de *El Hermafrodito*. También las ediciones en latín y su transmisión han sufrido grandes penurias a lo largo de los siglos, debido principalmente a su temática erótica y a los tabúes que recaen sobre ésta. Sin embargo, como bien explica E. Montero en la «Introducción», no se puede dejar de lado el amplio contexto en el que se desarrollan estos poemas. En primer lugar, como ya se ha dicho, se trata de una *aemulatio* de Marcial y de otros epigramas de la Antigüedad clásica. En segundo lugar, estos poemas no pueden ser juzgados sin tener en cuenta que tienen un público muy concreto y reducido, normalmente colectivo y festivo. Sobre esto, lla-

ma especialmente la atención el hecho de que, por aquella época, Italia estaba siendo desolada por una terrible peste y, a pesar de ello, Beccadelli, lejos de renegar de la vida acudiendo al pietismo, a la mortificación o al sufrimiento, opta por el disfrute de la vida que se le ha dado, sea ésta larga o corta. Sin embargo, incluso en estos epigramas eróticos, festivos y satíricos, el halo de la muerte y la tristeza provocadas por la peste se deja entrever en dos poemas casi elegíacos.

Dividido en dos partes, *El Hermafrodito* trata desde el principio de impactar al lector con su lenguaje procaz y altamente erótico. Forma parte esencial de estos epigramas el intento de provocar. De hecho, al hablar del título del libro, dice Beccadelli a Cosme de Médici, al que está dedicado el volumen: «con tal de que no sea recatado, ponle el que te apetezca». De ahí que la poesía erótica no sea, digamos, exclusivamente erótica, sino que también tenga algo de escatológica: deja en evidencia esas realidades que no suelen ponerse al descubierto por considerárselas ordinarias o vulgares. Podríamos decir que, «con tal de que no sea recatada», cualquier realidad sirve a los propósitos del epigrama erótico. Evidentemente, el tratamiento preferente que se da a la temática es el satírico: la parodia (en varias ocasiones, imitando el modelo de Marcial, el italiano compone epitafios burlescos de prostitutas o borrachos), el insulto sexual (tomando como objeto de estos insultos a contados personajes) y cualquier otro motivo de burla.

Capítulo aparte merece la ya mencionada «Introducción» del traductor, Enrique Montero Cartelle, un auténtico trabajo de especialista. Aborda en ella, por este orden, una brevísima introducción al Renacimiento y al Humanismo, un pequeño resumen de la vida y obra de Beccadelli, un amplio estudio del libro y unos comentarios sobre su transmisión. En el estudio de *El Hermafrodito* destacan dos apartados: el de los temas y el de las fuentes. En el primero se habla del ambiente festivo que rodeaba estos epigramas, de la elaboración a veces colectiva y del paganismo y la ausencia de referencias cristianas. En el segundo, más extenso, compara a Beccadelli con Marcial, su principal modelo. Aquí se desgaja punto por punto la relación entre ambos: los tópicos, los modelos sexuales en la sociedad en la que cada uno vivió, la licencia verbal, la censura. La traducción de Montero tiene en cuenta cada factor y hace una excelente elección entre eufemismos y disfemismos —a los que también les dedica su parte en la «Introducción»—, elección nada fácil cuando se trata de lenguaje erótico.

No podemos terminar sin señalar el principal problema de la obra de Beccadelli, que no es otro que la ya mencionada *imitatio*. Al intentar ser tan fiel a su modelo, el italiano peca de falta de originalidad: tan sólo por una referencia a la religiosidad de la época podemos deducir, elementos lingüísticos y formales aparte, que estamos leyendo epigramas del siglo XV. Además, hay que reconocer la evidencia de que el humanista se queda muy lejos de la calidad de Marcial.

En conjunto, un muy interesante ejemplar este *Hermafrodito* gracias a la acertada traducción, al amplio y completo estudio introductorio y a la cuidada edición de Enrique Montero Cartelle, así como por cubrir un hueco que todavía quedaba pendiente.

Francisco José ALONSO GUTIÉRREZ

Eduardo DEL PINO GONZÁLEZ, *Juan De Verzosa, Epístolas, I-III*, edición crítica, traducción anotada e índices, Alcañiz - Madrid, Palmyrenus, Instituto de Estudios Humanísticos - Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2006, 1360 pp.

Eduardo del Pino González ha realizado la edición crítica de las *Epístolas* del humanista diplomático español de Zaragoza Juan de Verzosa (1522/1523-1574). Las *Epístolas* fueron publicadas por Luis de Torres en 1577, divididas en cuatro libros por deseo expreso del autor. Los tres volúmenes que abarca la obra completa comprenden 148 poemas epistolares en hexámetros, cuya fuente principal son las *Epístolas* y las *Sátiras* de Horacio, uno de los autores más apreciados y fuente de imitación durante el humanismo del siglo XVI. Teniendo siempre en cuenta el modelo de Horacio en Juan de Verzosa, ha dedicado Eduardo del Pino un capítulo de la «Introducción» (p.LXXIII) al estudio de la métrica, del léxico y del estilo de los poemas, además de a las fuentes de algunos poemas centradas en Ovidio, Juvenal y otros poetas.

En la esmerada edición crítica del texto latino, el profesor Eduardo del Pino ha analizado el doble aparato de fuentes literarias y manuscritas de la Biblioteca Nacional de Madrid, de la Real Biblioteca y de la Biblioteca de la Academia de la Historia, en donde en el transcurso de su investigación han sido descubiertas por el autor algunas de las epístolas inéditas de Verzosa ahora incluidas en su edición (p.L). En el prólogo con el que abre cada epístola, el autor además de la vida y obra de cada personaje, añade el *conspectus siglorum* de la edición crítica que ha utilizado, mostrando al lector las ediciones que tan soberbiamente ha manejado.

La fluida traducción española de las *Epístolas* de Verzosa va ilustrada con abundantes notas aclaratorias con comentarios literarios, de *realia* e historiográficos. Hay que añadir que la gran aportación de Eduardo del Pino ha sido la localización y la prosopografía de los personajes a los que van dirigidas cada una de las *Epístolas*, que no guardan un orden cronológico, pero con muy buen criterio su ordenación comienza por la dirigida en primer término a Felipe II, que es de las más antiguas y que Eduardo del Pino la sitúa en 1548, cuando él todavía realiza su primer viaje a Flandes. La segunda epístola, dedicada a Felipe II, cierra un grupo de poemas del libro IV cuya temática principal es la Batalla de Lepanto; algunos están dedicados a Juan de Austria, Alejandro Farnesio (III.16) y a las fiestas que se celebraron en Roma tras la victoria. Las otras figuras a las que Verzosa dedica sus poemas son destacados personajes del mundo político y social de la época, como Gónzalo Pérez y su hijo Antonio, historiadores de la talla de Jerónimo Zurita (I.8) y Ambrosio de Morales (II.34) y destacados humanistas como Honorato de Juan (I.19) y Pedro Juan Núñez (II.42), todos ellos españoles, a los que hay que añadir los impresores humanistas italianos Plantino (IV.12) y Paolo Manuzio (IV.13). La Bibliografía consultada por Eduardo del Pino es copiosa y ha sido completada por los medios informáticos en soporte digital y en Internet («Introducción», pp.CXLV- CLXXXVII).

Con la edición de las *Epístolas* del diplomático y humanista Juan de Verzosa, Eduardo del Pino ha logrado una nueva edición, indispensable tanto para los filólogos como para los historiadores de esta gran época de Carlos V y Felipe II, aportando a su vez un hito a la historia del Humanismo europeo y por ende a la del Huma-

nismo español. Esta gran obra investigadora y de fácil lectura la culmina el autor al añadir los «Índices de los destinatarios de las *Epístolas*», los «Onomásticos», el «Índice de láminas» con las que ilustra y recrea las *Epístolas* y el «Índice general» de la obra.

Virginia BONMATÍ SÁNCHEZ
Universidad Complutense de Madrid

Juan Antonio LÓPEZ FÉREZ, *La mitología clásica en la literatura española. Panorama diacrónico*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2006, 850 pp.

Desde su creación en 1989, los Coloquios Internacionales de Filología Griega, organizados anualmente en la UNED por el Profesor López Férez, vienen aportando una visión global y científica sobre temas concretos del Mundo Antiguo y su proyección en las culturas y literaturas hispánicas posteriores –recuérdense ahora, entre otros muchos, el Coloquio III acerca de *La épica griega y su influencia en la literatura española* (1992), o el recientemente celebrado Coloquio XIX, intitulado *Tradición clásica en la literatura española e hispanoamericana del siglo XVII* (2008)–.

Fruto de este interés del editor por el campo de la tradición clásica es la publicación de las conferencias pronunciadas en el VII Coloquio Internacional de Filología Griega (*Influencia de la mitología clásica en la literatura española*), que tuvo lugar en la UNED entre los días 20 y 23 de marzo de 1996. Este trabajo se presenta en un único volumen con más de 850 páginas que pretenden a lo largo de sus 38 artículos –de los más prestigiosos especialistas españoles y europeos, tales como M. Morreale o T. O'Connor, entre otros–, dar a conocer de manera científica el peso de la mitología grecolatina en todos los aspectos y géneros de las letras hispánicas, desde sus albores hasta el siglo presente. Y es que estamos ante una publicación que, aun tratándose de una recopilación de varios trabajos, se puede calificar como global y de consulta imperativa para el lector que quiera ahondar en el campo de la pervivencia literaria.

Entre otros aspectos, el libro nos ofrece varios apéndices finales que enriquecen, si cabe, más la publicación. Así, por ejemplo, la novedad estriba en la presentación de entradas indexadas a modo de diccionario, tales como: «Índice de pasajes clásicos» (pp.813-821); «Índice general de autores y obras» (pp.822-837); «Algunos términos notables» (pp.838-841); e «Índice de nombres mitológicos» (pp.842-851), consiguiendo con ellos que la profundización científica sea mayor y la consulta rápida mucho más factible. Asimismo, esa accesibilidad se demuestra en la temática de los artículos, en los que se pueden distinguir cinco grandes bloques o líneas de trabajo que se ordenan en coherentes acotaciones temporales: los estudios centrados en repertorios bibliográficos comunes al tema de la publicación; los centrados en el mito y su presencia en la Edad Media ibérica; los que ofrecen la visión de la mitología en el Renacimiento y el Siglo de Oro español –con especial atención a autores concretos de esta centuria–; y aquellos estudios que se centran en la materia clásica y su recreación durante la Ilustración, las Vanguardias y el siglo XX hispanoamericano. Dado el interés de estos artículos, nos detendremos un instante en cada sección temática.

a) Estudios de referencia bibliográfica (3).

Debido a la gran cantidad de monografías y artículos que circundan el tema de la pervivencia mitológica en nuestras letras, se hacía necesario un pequeño *corpus* bibliográfico que recogiera los trabajos más señeros recientemente publicados. Es por ello por lo que los estudios de V. Cristóbal, «La mitología clásica en la literatura española: una introducción y una aproximación bibliográfica» (pp.1-34), M. Morreale, «Introducción bibliográfica al tema de Hércules en España» (pp.35-50), y T.A. O'Connor, «Bibliografía de mitos dramatizados en la literatura española (del siglo XVI a principios del XIX)» (pp.569-600) vienen a aportar un primer –y muy útil– acercamiento bibliográfico para aquellos que inicien sus investigaciones en este campo científico.

b) Estudios acerca del mito clásico y la Edad Media (9).

La particular visión de lo clásico por los autores medievales queda reflejada en los nueve estudios dedicados a rastrear la concreción de la mitología en nuestras primeras letras, desde la pervivencia literaria del mito moralizado hasta la creación de leyendas que nacen de los propios personajes de la Antigüedad. Esa connotación legendaria es observada en personalidades como Alejandro y Hércules, de quienes se ocupa el estudio de M^a L. Arribas, «La figura de Hércules en la *General Estoria* de Alfonso X el Sabio» (pp.101-122); o el propio Virgilio, estudiado por J.L. Vidal, «Leyendas virgilianas en literaturas hispánicas medievales» (pp.51-64) y J.L. Arcaz Pozo, «La mitología clásica en la poesía castellana del siglo XIV» (pp.145-164), visto como mago y «sabidor» desde las canciones de trovadores catalanes hasta el *Libro de buen amor*. Igualmente, el estudio detallado de la literatura de los siglos XII-XIII-XIV a la luz de la materia clásica por parte de especialistas como M^aD. Castro Jiménez o M. García Teijeiro, entre otros, permite atender a aspectos como la recreación constante –en ocasiones moralizada–, ya en prosa, ya en verso, de temas como la Guerra de Troya y la *Iliupersis*, presentes en el *Cid* y a lo largo de todo el Prerrenacimiento como paradigmas históricos y míticos.

c) Estudios acerca del mito clásico y la Edad Moderna (18):

Tras el relativo ocaso de la Edad Media, durante el Renacimiento y el Siglo de Oro el mito sopla con aire fresco en las letras hispanas acoplándose como argumento en diversas composiciones literarias que van desde el poema de tono burlesco y la fábula mitológica hasta los sonetos de recreación erudita. Los trabajos aquí presentados demuestran cómo este tramo de la historia pretende explicar y entender su propio devenir histórico mediante el reflejo que aporta la Antigüedad clásica. Dicho esto, podemos subdividir los estudios según la materia en la que se centran: en primer lugar, observando el peso de la materia clásica en autores concretos del primer Renacimiento como Garcilaso, Fernando de Herrera, Gutierre de Cetina o Castillejo, de quienes se ha ocupado A. Alvar Ezquerro, «Mitología clásica y poesía castellana en la época del emperador Carlos» (pp.235-266); en un segundo grupo se pone de relieve la autoridad de los textos griegos y latinos para enriquecer la imaginaria del Descubrimiento, como demuestran F.J. Gómez Espelosín, «La visión mítica de los historiadores de In-

días» (pp.327-337), y J.A. Caballero López, «La mitología en los ‘prólogos’ de las Historias Generales de España» (pp.355-378); y por último, aquellos que se centran en resaltar la presencia de una nómina ingente de mitos ovidianos recreados como argumento o hilo conductor –leídos en clave social e histórica– en las obras de Calde-rón, Lope, Quevedo, Tirso de Molina y Cervantes. Un tema estudiado, entre otros, por G. Santana Henríquez, «Elementos míticos grecolatinos en la producción dramática de Tirso de Molina. Una primera aproximación» (pp.491-537), A. López Eire, «Sobre el mito clásico en Quevedo» (pp.451-490), o J. Redondo, «Observaciones sobre la recepción de la mitología clásica en la obra de Góngora» (pp.425-450).

d) Estudios acerca del mito clásico y la Edad Contemporánea (9).

Por último, cabe destacar los trabajos que se centran en los autores y obras de los últimos compases históricos: desde el siglo XVIII al XX. Y es que a lo largo de estas tres centurias el mito se acopla en la literatura de muy diversas maneras. Durante el movimiento de la Ilustración, el teatro y la poesía erudita, cantora del régimen y de corte neoclásico, miran de nuevo a los cánones más estrictos que sobrevienen de las Academias francesas. Surge así, como denomina E. del Río, «La mitología clásica en el teatro español del siglo XVIII» (pp.645-668), una recreación de exiguas pretensiones literarias para propio divertimento del autor. En el siglo siguiente, comunemente tenido por «anticlásico», el mito aparece bajo variadas apariencias: ya como reminiscencia literaria en los primeros pasos de los románticos o denuesto de dicho movimiento, ya como ejemplificación de un hecho histórico –de lo que se vale el teatro de Ventura de la Vega o de Martínez de la Rosa, *cf.* Dulce Estefanía, «Presencia y tratamiento de la mitología clásica en la poesía y en el teatro españoles del siglo XIX: algunas calas» (pp.685-709). Finalmente, el mito clásico durante el siglo XX, amén de aparecer bajo una lectura en clave simbólica en la lírica modernista y en los novísimos, o en el teatro de argumento mitológico, se reviste de un componente filosófico e interpretativo, como muestra el trabajo de L.M. Pino Campos, «El concepto de mito en la obra de Ortega y Gasset» (pp.757-778), en el que se aporta la visión de la mitología grecolatina como idiosincrasia de la civilización occidental.

Y es que el mito clásico, como si de un eterno compañero de viaje se tratara, y cual espejo de las virtudes y defectos de los seres humanos, confluye de manera simbiótica con las manifestaciones literarias desde su inicio, superando embates de diversos movimientos y corrientes que lo transforman, cambian o mezclan. Esta publicación es buena prueba de esta convivencia inmortal entre dos pilares de la cultura: mito y literatura.

Israel VILLALBA DE LA GÜIDA
Universidad Complutense de Madrid